

# PROLOGO

---

JAIME QUEZADA

## LOS SONETOS DE LA MUERTE DE GABRIELA MISTRAL

### I

Unos famosos Juegos Florales celebrados en Santiago, el 22 de diciembre de 1914, darán flor natural, medalla de oro y corona de laurel, y nombre definitivo a nuestra Gabriela Mistral (1889-1957). Con ese seudónimo (que conlleva la eufonía de un viento y la evocación de un autor provenzal) firma sus célebres Sonetos de la muerte, de tanta motivadora presencia en la vida misma de la autora. La profesora de castellano del liceo de Niñas de Los Andes tiene veinticinco años, y aunque no asiste personalmente a recibir su galardón, está de cuerpo y alma presenciando la ceremonia, más anónima que oculta, entre el público del teatro Santiago.

Al día siguiente de dicha ceremonia, Gabriela Mistral en breve carta al poeta Manuel Magallanes Moure (a quien le correspondió el discurso de clausura de los Juegos Florales) le dice: Fui sólo por oírlo. No por oír mis versos; no por aquello de los aplausos de una multitud. No saqué de esa noche sino que una frase de Ud. sobre mis sonetos. Me abriera de nuevo la llaga central de mi corazón. Nada más..

De acuerdo con el Programa de los Primeros Juegos Florales en la Capital de Chile, organizados por la Sociedad de Escritores y Artistas, que incluía un discurso del alcalde de la Ilustre Municipalidad don Ismael Valdés Vergara, además de oberturas, intermezzos, polonesas y marchas triunfales, amén de recitaciones de Pedro Sienna y Claudio de Alas, correspondió al poeta Víctor Domingo Silva -mantenedor de los Juegos Florales- "la recitación de Los sonetos de la muerte, versos de la señorita Gabriela Mistral, premiada con la Flor Natural".

Estos "versos", como los denomina el programa y que llamaron a admiración e interés del notabilísimo jurado (Manuel Magallanes Moure, Armando Donoso y Miguel Luis Rocuant), darán a su autora toda una inmediata y definitiva proyección literaria y cultural en el país. Y, al mismo tiempo, harán surgir toda una historia-leyenda en torno a tan dramática y emotiva escritura.

Dos años antes de la convocatoria a los Juegos Florales, Gabriela Mistral había escrito mucha poesía sonetista en Los Andes, en 1912, al poco tiempo de que llegara como inspectora y profesora de geografía y de castellano al Liceo de Niñas de aquella ciudad. Allí, en el donoso valle de Aconcagua, encontró desde un comienzo un periodo de sosiego y de tranquilidad que dedica plenamente a la enseñanza y a la escritura poética.

De esa escritura le vendrá un revivir muy suyo aquello de hacer luz en la zona de los sinos, oscura. Surgen así sus sonetos llamados de la muerte con todo el trasfondo emocional y doloroso de un pasado ya decantado en ella -"volteadura del alma", dirá-, esencial y sanguíneo, y que ahora adquiriría hondura de tema en formal tratamiento y en revelador lenguaje.

## II

Por 1907 Gabriela Mistral conoce a Romelio Ureta Carvajal, un joven empleado ferroviario de Coquimbo. Ella todavía no llega a los veinte años de edad y trabaja como profesora en la escuela de La Cantera, pueblito cercano a la ciudad de La Serena. Aun cuando celebra su bella cabeza, Gabriela Mistral lo define como un hombre vulgar y de un rostro casi feo: "Pero nos pusimos de novios, aunque él no tenía dinero para tomar mujer. Un día me dijo que se iba al norte a buscar trabajo en las minas para hacer dinero y regresar a buscarme para que nos casáramos. Aquella promesa constituye el recuerdo más dulce que tengo de él. Volvió al poco tiempo sin nada. Luego se enredó con una muchacha perteneciente a una familia que tenía humos de grandeza, y lo hizo llevar una vida cuyo tren él no podía seguir. Dejamos de vernos y de escribirnos".

Dos años después de aquella "dulce promesa", el jueves 25 de noviembre de 1909, Romelio Ureta (soltero, 27 años) se suicida, disparándose un tiro de revólver en la sien derecha. El suceso conmueve a la comunidad coquimbana y, de manera especial, a Gabriela Mistral quien, rehaciendo la historia emocional y pasional del suceso, contará después: "Como Romelio no podía seguir el tren de lujo en que se hallaba metido, se había dedicado a jugar. Un día tomó dinero de la caja del ferrocarril donde era empleado. En un momento de desesperación, decidió quitarse la vida. Antes del suicidio rompió todas las cartas de su novia. Después se vistió para la muerte y se disparó un tiro. Pero en un bolsillo se le encontró una postal mía. ¿Por qué estaba allí cuando hacía años que no nos escribíamos? A causa de aquella tarjeta, sin embargo, se asoció su nombre conmigo. Yo no tuve nada que ver con su suicidio".

Lo que la propia Gabriela Mistral nos deja escrito no está muy alejado de la crónica periodística que por entonces dio cuenta del trágico suceso: "A las 4 de la tarde de ayer puso fin a sus días disparándose un balazo en la sien derecha el joven don Romelio Ureta Carvajal, empleado de la sección bodega de la estación de ferrocarriles de este puerto. El Sr. Ureta al llegar a su casa donde vive en calidad de huésped, saludó cordialmente a todo el mundo, se retiró a su pieza, trancó la puerta y se arrojó sobre el lecho. Momentos después una detonación sacudía toda la casa. Avisada la policía y descerrajada la puerta se encontró el cadáver del infeliz. Este acontecimiento ha consternado a los numerosos amigos del joven Ureta y especialmente a sus compañeros de trabajo que lo estimaban en alto grado. El joven Ureta desempeñaba en la bodega de los ferrocarriles el empleo de recaudador de fletes y desde hace poco tiempo venía dando que hablar su boato y la falta de relación que había entre sus gastos personales y el

suelo que percibía. Ayer a las dos de la tarde sus jefes le hicieron un arqueo y advirtieron que faltaba en caja la suma de \$ 1.501. El Sr. Ureta pidió un plazo de dos horas para reponer el dinero en cuyo tiempo llevó a cabo la tremenda determinación de quitarse la vida". (La Reforma, La Serena, viernes 26 de noviembre de 1909).

### III

El trágico suceso, además de su aureola de mito y de leyenda, motivará en Gabriela Mistral la escritura de una serie dolorosa de poemas: Los sonetos de la muerte, entre ellos.

Dos semanas antes del suicidio de Romelio Ureta, Gabriela Mistral, que por entonces era todavía Lucila Godoy Alcayaga (y así firmaba sus escritos), el periódico La Constitución, de Ovalle, publicaba (11 de noviembre 1909) un breve poema de no más de diez versos, titulado Adiós. Se trata de un texto premonitorio, donde el tema de la muerte pasa a ser el centro temático del poema:

Démonos el adiós serenamente;  
he de volverte a ver mi alma lo siente.  
Nada sabemos de la suerte arcana,  
te roba hoy, te traerá mañana.  
Bajo del impasible firmamento  
todo va y viene en caprichoso viento.  
En tal mudanza mi esperanza fundo:  
viajeras somos y es pequeño el mundo.  
Y aunque a esa luz volviera a verte,  
dicen que hay otro mundo tras la muerte.

En otro poema, y escrito meses después de la muerte de Ureta, publicado en el mismo periódico ovalino el 4 de septiembre de 1910, Lucila Godoy escribe un ruego a manera de "un recuerdo de mi alma y de un verso de mis labios desolado":

Sobre tu tumba helada, luna hermosa,  
vierte tu luz más dulce, y al mirarle  
estampa allí los besos que no puede  
ir mi boca a dejarle.

Se va tejiendo así -y estas estrofas poéticamente lo revelan- un largo proceso de escritura con el tema de la muerte que concluirá, en este caso, con la trilogía clásica de Los sonetos de la muerte, así sean también otros sonetos de igual título y tema. Aunque están fechados por Gabriela Mistral en 1909 (fecha acaso sólo por referencia al suceso mismo que los motiva y

asunto que ha dado pie a algunos estudiosos para señalar que tales sonetos fueron escritos casi de inmediato a la muerte de Romelio Ureta), no cabe duda, y por ese afán de no atarantamiento escritural en ella, que se fueron escribiendo en años posteriores al trágico suceso. Escribiéndose y reescribiéndose en versiones varias hasta dejar, en definitiva, aquellos tres de su ya clásicos y antológicos textos y con los cuales obtuvo el Premio de Los Juegos Florales.

Hay que recordar, además, que Los sonetos de la muerte se publicaron casi de inmediato a la premiación de 1914 en revistas capitalinas (Zig-Zag) y provinciales (Ideales, de Concepción; Primorose, de Chillán) y, sin embargo, pasarían varios años para que Gabriela Mistral los incluyera en *Desolación* (1922), su primer libro, sin que tales poemas perdieran su vivencial y humano tratamiento de sentido y contenido. También, y antes de llegar a las páginas de dicho libro, será una clásica antología chilena -*Selva Lírica*, 1917- la que despliega literariamente la valorativa presencia de los poemas premiados, consagrando aún más, y meritoriamente, a su autora: "Los sonetos de la muerte -señalan sus fervorosos antólogos Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya- son un grito obsesor de pasión y de dolor, de venganza y piedad, arrancado como la venda de una herida sangrante, a su joven alma de artista, que vació en viriles versos acerados sus más puros sentimientos de nobleza, piedras preciosas extraídas de entre los humores del mundo y que entre sus dedos tumultuosos y finos adquieren las esplendentes proyecciones de la más bella filosofía simbolista".

Tampoco se equivocaban estos antologadores al señalar que "consagrada de lleno a su labor íntima, personalmente exclusiva, estamos seguros que Gabriela Mistral llegará pronto a ser una revelación y una bella esperanza para las letras de todas las hablas, ya que, con sus arrebatadores preludios es un botón de honor en nuestra literatura y en las letras castellanas, no hemos visto aún alzarse una poetisa de igual fuste o que pueda hacerle sombra".

#### IV

Los sonetos de la muerte más allá o más acá de sus relieves trágicos y emocionales, o de sus desarrollos cronológicos de publicaciones y de escritura, constituyen el inicio literario, el instante augural de una Gabriela Mistral en el campo de la literatura chilena, y además, aparece ya definitivamente su nombre de Gabriela Mistral, dejando atrás y en el olvido sus Lucilas y sus Godoyes. Ella misma lo dirá después muy resueltamente: "¿Que si tuve otro nombre? Sí, yo tuve dos: el que me dieron de veras (Lucila Godoy) y el que me di de mañosa (Gabriela Mistral). Y el nuevo me mató el viejo".

Esos sonetos, que tienen mucho de romanticismo y drama, junto a otros poemas de atmósferas similares -*Tribulación*, *Nocturno*, *Interrogaciones*- formarán parte de todo un ciclo marcado por el dolor y la intimidad y el ensimismamiento. Y no estarán ajenos a toda un aura de historia y leyenda e instancias personales o pasionales: el asunto de la muerte y del suicidio, del amor y el desamor, como tema y motivo de sus preocupaciones poéticas y humanas.

Y acaso por toda la vida, Gabriela Mistral llevará esa imagen alucinada en su memoria -y roto el pacto enorme tenías que morir- como un permanente vaho de fantasmas.

De estas desolaciones le vendrá, sin duda, el directo título para su libro de 1922: *Desolación*, aquellas desolaciones espirituales que tanto la marcaron en su vida de mujer maestra y educadora. Y de aquellas desolaciones geográficas también en sus tantas érrancias por el territorio patrio. Así, de las desolaciones del fin del mundo a las desolaciones del corazón se tipifica un título y un tema en torno a ese libro-vida. Ella misma dirá a manera de voto: "Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también". Sin embargo, en ese libro desolado están *Los sonetos de la muerte*, es decir, la vida-vida, a pesar de la muerte, con todo el amor-dolor en su romanticismo y celos y tragedia.

Así, estos intensos poemas-sonetos (en los cuales Neruda reconocía "la edad eterna de la verdadera poesía") tienen el verso íntimo, doloroso y emotivo. Y hasta sentimental y romántico si se quiere: (y en la azulada y leve polvareda de luna) en torno a un posesivo y tenaz lenguaje que no descuida su belleza de pasión y de ternura (y que hemos de soñar sobre la misma almohada). Sonetos de la muerte y del sufrimiento en el me abriera de nuevo la llaga central de mi corazón y contenidos en lo fuerte y poderoso de una escritura poética con proyección de humanidad.

Santiago, junio, 2005.